

Ecos

Año 3 (1995), Nº 4

LA CONFEDERACION ANTILLANA: REALIDAD Y ESPERANZA

Hernán Venegas Delgado

El proyecto

La concepción de la Confederación Antillana y, más que esta, de la lucha en pos de determinados grados de unidad en el Caribe Insular, es una idea largamente acariciada por muchos de los más preclaros intelectuales y políticos de estas tierras en los dos últimos siglos.

No se trata, bajo ningún concepto, de una idea peregrina, sino de una idea asentada en la realidad de un conjunto de pueblos en formación, que tan tempranamente como a inicios del segundo tercio del siglo XVIII hacían exclamar al sacerdote francés Jean Baptiste Labat, infatigable viajero por el Caribe”.

“He viajado por doquier en el Mar Caribe de Uds, (...) desde Haití a Barbados, Martinica y Guadalupe y sé lo que estoy diciendo (...). Uds. están todos juntos, en el mismo bote, navegando por el mismo incierto mar (...), la ciudadanía y la raza (...) son débiles concepciones si se comparan con el mensaje que mi espíritu me trae: aquel de la posición y de la condición que la Historia ha impuesto a Uds., (...) Lo vi primero en el baile (...) El merengue en Haití, el beguine en Martinica y hoy oigo, en mis oídos sordos para la música, el eco de los calypsos de Trinidad, Jamaica, Santa Lucía, Dominica y la legendaria Guayana (...) No es por accidente que el mar que separa a las tierras uds., no cause una diferencia en el ritmo de sus cuerpos.”¹

Muy a inicios del siglo XIX ya la intelectualidad criolla se manifestó con un determinado grado de pujanza, pese a la

¹ Citado por Franlin W. Knight, *The Caribbean. The genesis of a Fragmented Nationalism*, New York, Oxford University Press, 1990, p. 307.

situación colonial generalización en las Antillas, excepto Haití. Un intelectual cubano, dueño de plantación y de esclavos, vocero de la clase social a la que pertenecía y aún ligado a la metrópoli española, Francisco de Arango y Parreño, tomó conciencia de lo que significa su patria insular y aún de los que acertadamente denominó como "nuestra América", ubicándose en el Caribe.

De aquí surgió lo que considero una de las primeras grandes propuestas de desarrollo para todas las Antillas, independientemente de que hiciese referencia solo a Cuba: fortalecer su economía para preservar su futuro político, sobre todo de las amenazas del coloso que se formaba al norte del Continente.² Obsérvese que, en contraposición a ese norte o "septentrión de este Nuevo Mundo" como Arango lo denominó, ya aparecía presentada la noción de Nuestra América, la otra, la latina, a la que otro hombre vinculado al Caribe, el Libertador Simón Bolívar, haría referencia un poco más adelante, en 1829.³

En 1868 el puertorriqueño Ramón Emeterio Betances insistió en estas ideas, ampliándoles el elemento antillano.⁴

Para Betances no quedaba otra opción que unir a las Antillas en una gran confederación, lograr lo que él denominaba como "unión en los infortunios y unión en las aspiraciones, de nuestras islas amadas."⁵ En esta misma línea se pronunció otro de sus coterráneos, Eugenio María de Hostos⁶ y, en particular, el cubano José Martí.

Este último desarrolló y amplió los criterios antillanistas de sus antecesores contemporáneos. Para Martí la

² En "Representación de la Ciudad de La Habana a las Cortes...", en *Obras de Don Francisco de Arango y Parreño*, La Habana, Publicaciones de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, 1952, tomo II, págs. 172-173.

³ Carta de Simón Bolívar al coronel Patricio Campbell, 5 de enero de 1829, en *Simón Bolívar. Documentos*, La Habana, Casa de Las Américas, 1964, p. 329.

⁴ En proclama a sus compatriotas decía: "Yo creo en la independencia futura, próxima de mi país. Ella sola, por acuerdo de las demás Antillas, es capaz de salvarnos del minotauro americano". En *Cuba en Betances*, La Habana, Ciencias Sociales, 1985, pág. 13.

⁵ En carta de R. E. Betances al cubano Francisco Sellén, de 1891, a propósito del drama *Hatuey*, de este último. Citado por E. Godínez en su "Introducción" a *Cuba en Betances*. op. cit., p. 27.

⁶ *Hostos y Cuba*, La Habana, Ciencias Sociales, 1974, págs. 90-92; y en Carlos N. Carreras. *Hostos. Apóstol de libertad*, Madrid, 1950, p. 19.

independencia de Cuba y Puerto Rico, su íntima relación con Santo Domingo, Haití y Jamaica, eran los elementos que garantizarían un equilibrio en América e incluso en el orbe. Así dijo en 1894 en la febrilidad de los preparativos para la Guerra de Independencia cubana: “Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son dos islas (Cuba y Puerto Rico) las que vamos a libertar”.⁷ Pero, además, hay otra idea importante a considerar y es que según Martí, la independencia antillana salvaría también el honor de la América anglosajona,⁸ en franco cuestionamiento ya por sus actividades en el centro y sur del Nuevo Mundo.

El problema a dilucidar ahora es qué límites geográficos se incluían en las concepciones de estos próceres. En general habría que referirse, en un primer nivel jerárquico, al Caribe hispanoparlante: Cuba, Puerto Rico y República Dominicana. Tal es el grado de identificación entre estas, que José Martí le dijo en carta a su amigo dominicano Federico Henríquez y Carvajal: “De Santo Domingo por qué le he de hablar? Es esa cosa distinta de Cuba? Ud. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Ud.? Y Gómez, no es cubano? y yo, qué soy, y quién me fija suelo?”⁹ Y ese mismo dominicano que acabo de mencionar, el Generalísimo del Ejército Libertador Cubano, Máximo Gómez Báez, diría sencillamente al puertorriqueño Betances: “Llamo la patria, a Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico”.¹⁰

Pero aquí no queda el problema, Haití y Jamaica también entraban en las concepciones antillanistas que analizamos. Martí se dolía de Jamaica al evaluar la cálida acogida que allí recibían los emigrados cubanos: “Qué infeliz Jamaica, y qué caída con sus libertades inútiles, sin el dominio ni el concepto de sí propia! Es gris, como la vida de los esclavos”.¹¹

⁷ José Martí, “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, en *Patria*, 17 de abril de 1894. En *Obras Completas*, La Habana, Editora Nacional de Cuba, 1963, p. 142.

⁸ Carta a Federico Henríquez y Carvajal de 25 de marzo de 1895, en *Obras Completas*, tomo IV, pág. 111.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Carta de Máximo Gómez a R. E. Betances, 30 de noviembre de 1887, en Archivo Nacional de Cuba. Fondo Archivo Máximo Gómez, Legajo 9, no. 2.

¹¹ Carta de José Martí a José Dolores Poyo, 7 de julio de 1894, en *Obras Completas*, tomo III, pág. 226.

Precisamente es en esa gran Antilla donde, al igual que en La Española (Haití y Santo Domingo), había recibido un "raudal de cariño" que ha unido en un todo a los habitantes de las cuatro islas.¹² Haití tampoco quedó fuera del ámbito de las preocupaciones antillanistas. Ella está en la raíz de su ideario. Incluso el padre de la independencia dominicana frente a la ocupación haitiana, Juan Pablo Duarte, tuvo frases de admiración y de fraternidad para el pueblo haitiano.¹³ También Haití siempre tuvo una definida vocación antillanista y latinoamericanista, como lo demuestra el generoso gesto del presidente Alexandre Pétion ante Bolívar y, por ejemplo, la actitud de este país ante los revolucionarios cubanos a fines del pasado siglo.

No en balde, ante la hospitalidad del haitiano Nephtalí, Martí, en vísperas de su viaje definitivo a Cuba, en pos de la independencia, dice:

"Y cuando me llevo al buen hombre a un rincón y le pregunto temeroso lo que le debo, me ase por los dos brazos, y me mira con reproche: Comment frère? On ne parle pas d'argent avec un frère.(...) y me tuvo el estribo, y con sus amigos me siguió a pie, a ponerme en la calzada".¹⁴

Desde luego, tales posiciones están asentadas en un confeso antirracismo y en el temprano reconocimiento del mestizaje como esencia de nuestras nacionalidades respectivas y de las Antillas todas. Por ello no es casual que el dominicano Duarte declarase que "La unidad de raza (constituye) uno de los principios fundamentales de nuestra asociación política".¹⁵ Por otro lado, el puertorriqueño Hostos unos lustros después amplía este idea a todas las Antillas al considerar "natural y necesaria y conveniente y civilizadora esa fusión y confusión de razas, porque de ella ha de salir la

¹² José Martí, "El Delegado de New York", *Patria*, 1 de noviembre de 1892, en *Obras Completas*, tomo III, pág. 174.

¹³ Juan Isidro Jiménez-Grullón. *La ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1983, pág. 26.

¹⁴ José Martí. "Diario", 2 de marzo de 1895, en *Obras Completas*, tomo XIX, pág. 201.

¹⁵ Citado por J. I. Jiménez-Grullón, op. cit., p. 27.

sociedad sui géneris que en condiciones fisiológicas y morales correspondan al medio geográfico".¹⁶

Mientras, el cubano Martí identificó a la esclavitud del color con la esclavitud política y su propia experiencia personal como preso aherrojado, y dijo:

"Llevo encima un grillete de hierro y tengo que realizar hazañas de hierro. El nombre de mi país está en este y tengo que vivir o morir por mi país. Sin sufrir tanto como los negros de mi país (...) vengo (...) a trabajar por la libertad de ellos."¹⁷

Un tercer nivel del problema se refiere en estos precursores al resto de las islas Antillas, las Menores, para las cuales hay frases de elogio y de simpatía, cuando no la tendencia a identificarlas con sus hermanas mayores en tamaño. Habría que esperar, no obstante, la medianía del siglo XX para que esta vertiente se enriqueciera y adquiriese la jerarquía real que tiene a pesar de las herencias múltiples y diferenciadas de los colonialismos.

La realidad y la esperanza

Una ojeada muy general sobre Las Antillas acusa una rica y completa realidad, política, en primer lugar. Así, algunos estados independientes han transitado desde las democracias representativas hasta el socialismo, a lo que habría que añadir diversas formas de dependencia de antiguas y nuevas metrópolis o, incluso, la permanencia de la situación colonial ancestral. Sin embargo, acota el martiniqués Edouard Glissant: "nunca como ahora las culturas antillanas han mancomunado tanto sus rasgos específicos ni se han comunicado tanto entre sí dentro de una misma concepción diversificada del hombre".¹⁸

¹⁶ En conferencia sobre el poeta cubano Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido), de 21 de marzo de 1870, en *Hostos y Cuba*, p. 51.

¹⁷ José Martí, "Fragmento No. 184" (en inglés el original), *Obras Completas*, tomo XXII, pág. 108.

¹⁸ Edouard Clissant, "Una cultura criolla", *El Correo de la UNESCO*, año XXXIV, diciembre de 1981, pág. 35.

Se aduce, sin éxito, a las supuestas barreras lingüísticas, herencia de los colonialismos europeos. Pero si algo ha demostrado la Historia es que estas se rompen con una facilidad increíble. No pienso que las diferencias lingüísticas hayan entorpecido un tanto siquiera las gestiones del venezolano Bolívar ante el presidente Pétiou a las que antes hicimos referencia y que, como es de dominio público, coronaron con el éxito al apoyar el haitiano al primero en su empresa, solicitándole solo la libertad de los esclavos de las tierras a independizar.

José Martí -y siempre volveremos a él-, en año tan crucial para la independencia de Cuba como fue el de 1895, en medio de los preparativos para el desembarco en este, tuvo tiempo para recordar al joven David, de las Islas Turcas inglesas, de quien digo: "se nos apegó desde la arrancada de Monte-cristi" (en República Dominicana). Y añade el cubano: "A medias palabras nos dijo que nos entendía, y sin espera de paga mayor, ni tratos de ella (...) Jamás pidió, y se daba todo (...) Al decirnos adios se le hundió el rostro, y el pecho, y se echó de bruces, llorando, contra la vela atada a la botavara.- David, de las islas Turcas".¹⁹

El problema es que existe una unidad en la que concuerdan hombres de diversas épocas. Así, en medio de la formación de la sociedad criolla caribeña a mediados del siglo XVIII, el antes citado sacerdote Labat descubrió tan temprano fenómeno. En el siglo XIX Martí insistió en la idea de la unidad lograda a través del mar.²⁰ En este siglo XX, el intelectual barbadense Edward Kamau Brathwaite afirma: "la unidad es submarina".²¹

Precisamente la obra caribeña del novelista Alejo Carpentier corrobora estas afirmaciones. Desde *El reino de este mundo* (1949) hasta *El Siglo de las luces* (1962) éste insistió en probar que la identidad antillana es el resultado de un intercambio continuo de hombres, ideas y recursos a través del Mar Caribe, en el que, añadido ahora, las migraciones internas han tenido un papel nada despreciable: flujos de

¹⁹ José Martí. "Diario", 5 de abril de 1895, *Obras completas*, tomo XIX, pág. 210.

²⁰ Véase al respecto su carta citada a Federico Henríquez y Carvajal, de 25 de marzo de 1895.

²¹ Tomado de E. Glissant, artículo citado.

esclavos entre islas vecinas, de haitianos y jamaquinos hacia la Cuba; de inicios del siglo XX, de haitianos hacia la República Dominicana. Pero además, el puertorriqueño Ramón Luis Acevedo ha aportado una sugerente idea para los días que corren, y es que el encuentro antillano también se produce, con singular fuerza, fuera de las fronteras del Mar Caribe, en las grandes metrópolis como París y Nueva York, donde nuestros emigrantes, "comienzan a reconocer su fundamental hermandad".²²

Esa unidad tiene una misma raíz: la plantación, que se sucede con pasmosa coincidencia y similitud en alrededor de cuatro siglos, diferenciados entre sí. En 1927 el historiador cubano Ramiro Guerra ya afirmaba: "Ciertos factores constantes de transformación social, como son el régimen de la propiedad y el latifundio azucarero, han operado en cada una (de las islas...), produciendo un ciclo de acontecimientos siempre idénticos, en igualdad de circunstancias."²³

Hoy hemos enriquecido estas concepciones. Sabemos que la plantación fue algo más que un núcleo económico-social básico, fue el centro de toda una unidad cultural que trasciende las centurias y las diferencias heredadas de todo tipo. Pero también sabemos que la plantación fue más allá de las culturas africanas que aquella recibió. En la plantación y en el puerto vinculado a ella fue donde se produjo fundamentalmente el proceso de criollización que ciertamente trasciende a lo negro. Fue mestizaje étnico o cultural, o ambas cosas a la vez.

La plantación no puede observarse exclusivamente desde el punto de vista del amo blanco ni del esclavo negro, fue una experiencia novedosa de las que se extraen sus propias reglas.

Por ello es que el historiador jamaicano Franklin W. Knight aseveró: "Hablar de un `mundo hecho por los esclavistas' nos provee de una frase elocuente y que atrae, pero que no hace completa justicia a la compleja realidad. Amos y esclavos no eran ni podían serlo dos comunidades totalmente independientes. Ambos (...) formaron un curioso mundo aparte

²² Ramón Luis Acevedo, "Unidad y diversidad cultural en la cuenca del Caribe", en *Del Caribe*, Santiago de Cuba, año VI, no. 15, 1989, pág. 9.

²³ Ramiro Guerra Sánchez. "Introducción" a su *Azúcar y población en Las Antillas*. (4ta. edición). La Habana, Ciencias Sociales, 1970, pág. 7.

de la experiencia normal original americana, africana o europea."²⁴

La plantación antillana se asentó en una misma situación geográfica, con un clima común y con características fisiográficas muy parecidas. Ella partió de un mismo proceso histórico de genocidio sobre la original población indígena y arribó a un mismo proceso de mestizaje. Sobre esto último el escritor venezolano Arturo Uslar Pietri advirtió que "por un incomprensible y anti-histórico concepto de pureza, los hispanoamericanos hemos visto a nuestro mestizaje como un sinónimo de inferioridad, sin considerar con orgullo que precisamente en este aspecto estriba lo más valioso y original de nuestra condición humana."²⁵

Este mestizaje étnico y cultural en el pasado se vio compelido por la necesidad de supervivencia del negro, del asiático, de sus mezclados de ascendientes y por qué no también, del blanco pobre o "contratado". Para el blanco dominante el mestizaje llegó por diferentes vías, incluyéndose en estas la necesidad de la relación y comunicación diaria con sus dependientes. No en balde, en 1837, un escritor colombo-cubano, Félix Tanco, se quejaba de cómo los jóvenes blancos adinerados "semejaban en sus movimientos a los de los negros."²⁶

Son precisamente la música y los bailes una de las formas esenciales de expresión de ese mestizaje, según es comúnmente reconocido, en que la guaracha y el son, la rumba y el merengue, el calypso y la cumbia, el reggae y el zouk, se entremezclan, para dar incluso origen a tan debatidos ritmos como la salsa, expresión latinoamericana de las grandes metrópolis a que antes hacíamos referencia y que han rebotado hacia Las Antillas. Así pues, por solo mencionar a la música y los bailes que la acompañan, ella por sí sola

²⁴ Franklin W. Knight, op. cit., pág. 121.

²⁵ Citado por Manuel A. García Arévalo en *Dimensión y perspectiva del Quinto Centenario del Descubrimiento de América*. Santo Domingo, Comisión Dominicana Permanente para la Celebración del V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América, 1990, págs. 44-45.

²⁶ Domingo del Monte, *Carta del Centón epistolario*, La Habana, Editorial Siglo XX, 1957, tomo VII, págs. 86-87.

constituye un precioso elemento supralingüístico de comunicación.

A este factor de unidad le ha acompañado una poesía cuyo negrismo no es sino reconocimiento por lo general del mestizaje, de la integración. Véase si no los casos de Nicolás Guillén, Luis Palés Matos, Edward K. Brathwaite y de tantos otros cuyas voces resultan expresiones que van más allá finalmente de un europeísmo a ultranza o de una negritud excluyente y añorante del retorno africano. Esta síntesis, bueno es reconocerlo, se manifiesta con particular fuerza también en las artes modernas, desde un Wilfredo Lam hasta todo ese conjunto deslumbrante de pintores populares haitianos; o con un nivel de análisis cuyo sello es el estudio de la esencia propia del hombre del Caribe, tal y como aparece en Alejo Carpentier; o con esa frescura que presupone el elemento de ingenuidad presente en el cuentero popular y las tradiciones caribeñas.

Estos son los instrumentos que han servido para vencer paulatinamente las superables barrera lingüísticas heredadas del coloniaje. Sin embargo, se impone que sigamos trabajando en igual dirección, que superemos totalmente los diversos prejuicios ancestrales legados de Occidente y por qué no también de Africa e incluso de Asia, y que aún perviven en nuestra antropología e historiografía incluso.

Se impone pues, ante los grandes retos que nos trae este convulso y complejo fin de siglo, ante las realidades políticas, económicas y sociales tan acuciantes de nuestros pueblos, una labor mancomunada que nos permita reconstruir nuestra propia cultura, nuestra propia historia singular caribeña, como base inmediata -aunque no la única- para enfrentar los desafíos y las nuevas situaciones que desde el fin de este medio milenio anuncia la próxima centuria. Esta perspectiva caribeña es tan imprescindible como lo puede ser la andina, la centroamericana o la de los países del Cono Sur, todas concebidas dentro de ese gran conjunto único y diverso, como el propio Caribe, que es la América Nuestra.

Si hoy rendimos merecidísimo homenaje al Maestro Leopoldo Zea, qué palabras más admonitarias y más terriblemente ciertas que las de éste al advertir: "La formación de bloques de intereses de hombres y pueblos a lo largo del

planeta nos obliga a integrarnos como ineludible punto de partida de una integración más amplia que ha de abarcar todo el planeta. De otra forma nuestra América será descuartizada".²⁷ Y añadido ahora: en esa integración la intelectualidad ha de tener un papel protagónico destacado, de primer orden, de oficio activo y acorde a esos desafíos actuales y futuros.

²⁷ Leopoldo Zea. "Integración en la libertad: La Cátedra de América Latina" en *México Internacional*, septiembre de 1990. Reproducido en *Interrogantes de la Modernidad*. /La Habana/. Ediciones Tempo, s/f, p. 151.